

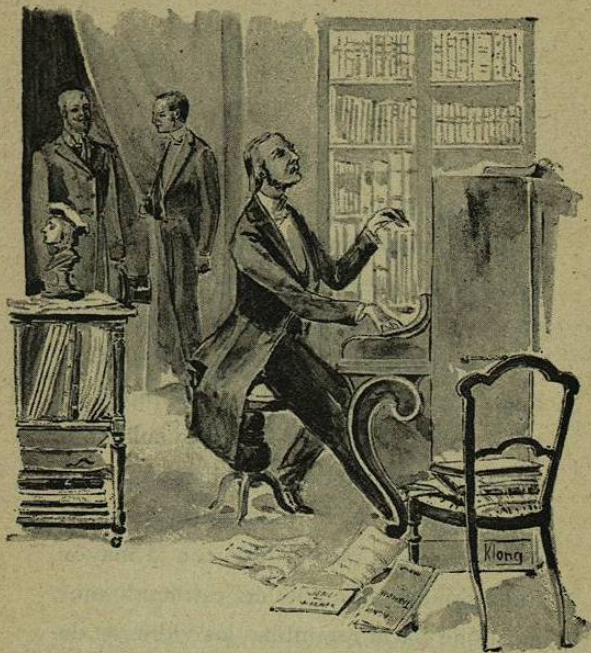
IX

—No sé, señor, voy á ver.

Fagan no pudo menos de admirar el aplomo imperturbable del criado, que no se atrevía á asegurar que su amo estaba en casa, cuando desde la antesala se oía entre el estruendo producido por todas las notas de un piano, la voz, la inolvidable voz del consejero Malville, aullando, ladrando, maullando, relinchando la última partitura de su músico favorito. El criado volvió á poco y dijo con la mayor impasibilidad en medio del estruendo musical que hacía retemblar las vidrieras de la antesala:

—Si el señor tiene la bondad de pasar...

El magistrado Garin de Malville, sentado al piano volvió hacia Régis una cara



nerviosa y larga, que como todas las que el dolor ha modelado, surcado de arrugas,

no acusaba ninguna edad; con unos ojos descoloridos y una boca que Wagner desgarraba en aquel momento, y que retorcida y negra sólo podía compararse en su desorden con el que reinaba en aquel gran despacho, donde las partituras de música y los libros de Derecho estaban hacinados sobre los muebles y, llenos de polvo, estorbaban por todas partes hasta el punto de no poderse andar.

—Régis, amigo mío, escuche usted esto... Es el acto segundo de *Tristán é Isolda*... la escena de amor... *Isolda... Geliebte...*

Sentado sobre un montón de libros Fagan sufría resignado aquella ducha harmónica, porque sabía que nada en el mundo podía impedir que aquel maniático acabara el trozo de música interrumpido á cada compás por sus gritos extáticos y sus voluptuosos desfallecimientos:

—El pinchazo, amigo mío... el pinchazo de morfina que embriaga que mece... *Endlich.. Endlich...*

Por fin cuando Tristán é Isolda desfallecidos hubieron desecho el abrazo que los unía, el magistrado melomano, girando sobre su taburete, pidió á Régis noticias de sus trabajos y de su salud. «No es muy buena ¿eh?... Sí, sí... ya comprendo... la vida de soltero, la vida de artista... ¿Por qué no ha imitado usted á su mujer? ¡Se ha vuelto á casar la tunanta!... Esa sí que conoce á Wagner!... A propósito: ¿y sus hijas de usted? ¡Hábleme usted de sus hijas!

—Precisamente señor consejero...

La mayor iba á casarse, á entrar á formar parte de una familia de magistrados, los Remory y había pensado que Mr. de Malville le daría noticias sobre la honabilidad de aquellos señores.

El consejero hizo un gesto con la boca y dijo:

—¿Honorable el Remory?... Psi, ya puede ser... pero es un magistrado improvisado que no ha pasado por los escalones jerárquicos; con decir que es el único de los presidentes de Sala que lleva toda la barba cuando el mismo presidente del Tribunal, que vino en iguales condiciones, se ha afeitado la suya por respeto á las costumbres de la casa, me parece que ya puede usted juzgar al Remory: y si el hijo se parece al padre...

Mr. Malville empezó á trazar un cuadro del Tribunal Supremo bajo el punto de vista de los antiguos y los nuevos magistrados, tan compendioso, tan detallado que Fagan que estaba mal dispuesto y que se sentía algo calenturiento se hubiera marchado si no hubiera sido por que quería hacer una pregunta, que como

una *postdata* de su visita hizo por fin casi en el momento de despedirse. Se trataba de cierto asunto, Hulín... sí, Hulín era el apellido... una sentencia de separación que quizá recordaría el consejero...

—¡Que si me acuerdo!... ya lo creo, ¡Hulín en el Havre un primer violín de primer orden! El hombre de Francia que mejor conocía á Bach... á Wagner lo entendía menos; pero sin embargo, me había prometido ir este año á Bayreuth el pobre...

—Pues ¿qué?... ¿qué le ha sucedido?...

—Nada; que se ha muerto.

—¡Muerto! y... ¿cuándo? tartamudeó Fagan cuya voz había bajado al registro grave.

—Hace próximamente un mes; me escribió el día 4 por la mañana y se mató por la tarde del mismo día, echado en su cama con un revólver de reglamento. Era un apasionado, un loco de amor.

Y volviendo á su manía el consejero torciendo la boca, poniendo los ojos en blanco, se puso á maullar:

«¡Iso...o...olda! ¡Geli...i...iebtel!...» mientras Régis deslumbrado, aturdido salía tropezando con las partituras y los diccionarios.

¡Había muerto! Así se explicaba todo, la marcha de Paulina que realmente había ido al Havre, su ausencia necesaria para el arreglo de la herencia... Unos cuantos meses de luto impuestos por las conveniencias y aquella mujer adorable podría ser la suya. Ya nada se oponía: ¡Los celos de Rosa! eso era una niñería que se vencería con un buen par de besos y con ponerle un brazalete más en la canastilla. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Parecía mentira que de una palabra tan tétrica pudiera nacer tanta alegría! Fagan deliraba, hablaba en alta voz al salir de casa del consejero y bajar

por la calle de los Saints-Péres, con dirección á los muelles. ¿De modo que no significa nada ni la edad, ni los dientes que se caen, ni el cabello que clarea hacia las sienes? No caminaba más alegremente al separarse veinte años antes de su prometida el día que los padres le habían dicho: «nuestra hija quiere y nosotros también.» No le pareció entonces el cielo más hermoso que parecía ahora el rosa y gris de esta tarde de Abril en que estaban húmedas las aceras, en que se oían los primeros cantos de los pájaros y se veían las primeras tintas verdosas colorear los árboles de las Tullerías.

También él sentía dentro de sí el movimiento de la primavera, pero bruscamente, con sacudidas en el corazón y una opresión cuya causa buscaba hace días y que sin duda provenía de la influencia del aire más templado, del cercano cambio

de estación y sobre todo de la dicha que no esperaba y que ahora tenía en perspectiva. Ya veía inundarse de ternura aquellos ojos azules, mientras la boca pronunciaba el «sí» deseado, y hasta el vestido que llevaría aquella noche: estaba tomando el té en el saloncito con la persuasión íntima de que estaba en su casa y de que ya no se marcharía de allí; y estos bonitos sueños que forjaba su imaginación mientras iba andando, daban tanta alegría á su cara que dos ó tres veces creyó notar que la gente se fijaba en él y que su sonrisa provocaba otras sonrisas.

Se había parado ante el escaparate de una tienda de la calle de la Paix, más para soñar á su gusto que para ver los objetos cuando un «Dispense usted querido maestro» pronunciado á dúo por una voz robusta y otra femenina, le hizo volverse con rapidez. Tenía delante un matrimonio de

cómicos, los esposos Couverchel, casados hacía veinte años y célebres en el boulevard por su ternura y su admiración recíproca. La mujer, contratada en el Vaudeville, acababa de estar dos años enferma y en el teatro la habían sustituido y olvidado, y no era posible ver nada más conmovedor que el modo de pedir el marido á Fagan un papel para ella, hablándole de su belleza, de su talento, mientras fijaba sus miradas llenas de adoración y de ilusiones en aquella pobre cara donde la enfermedad había marcado su huella y cuyos ojos le daban dulcemente las gracias con el doble agradecimiento de la mujer y de la artista.

Concedido el papel y prometido otro al marido, Fagan les miraba marcharse, no como una pareja elegante separados y con los brazos colgando, sino agarrados del brazo, muy juntos y muy apretados uno

contra otro; se comprendía al verlos que sólo la muerte podría desunirlos. Y eran cómicos, eran de aquellas almas fútiles y vanidosas cuya tontería y cuyas nimiedades había criticado tantas veces; sí, entre humildes comediantes era donde había encontrado el matrimonio soñado, el matrimonio ideal. ¡Ah! si Paulina quisiera, ¡cuántos años podían vivir aún así, los dos unidos á despecho de la vida y del mundo!

—¿El señor no está malo?—preguntó Antero al ver la extraña cara de su amo cuando volvió por la noche á casa.

—No, no; nada malo. Solamente siento siempre un ardor febril, una especie de caliente y superabundante expansión de vida que me llena el pecho, que parece estrecho.

Al ir á sentarse á la mesa, Régis vió el mantel y los platos girar en su blancura;